

El día que Wendy conoció al monstruo

Andreu Martín

MUESTRA GRATUITA
EJEMPLAR PARA EXAMEN
PROHIBIDA SU COMERCIALIZACIÓN



Algar joven

Una dudosa confesión de asesinato alerta a Wendy

Esta noche Wendy Aguilar y Roger Dueso circulan de paisano en un vehículo sin distintivos policiales, un utilitario de color blanco que pasa desapercibido. Son lo que se llama un Grupo 200, una patrulla como cualquier otra adscrita a tareas para las cuales se considera que el uniforme podría ser un estorbo.

En el *briefing* de las diez, les han encargado que fuesen a buscar a la señora Romagosa, en un domicilio de Mayor de Sarriá, para acompañarla a una cena de antiguos alumnos que se celebra en el paseo del Borne del Raval.

La señora Romagosa es una mujer maltratada por su marido, con una orden de protección. Casi nadie de su familia sabe dónde vive y le da miedo circular sola por Barcelona porque el hombre que un día la enamoró, y con quien convivió durante ocho años, hoy la tiene amenazada y le da miedo.

Hacía tiempo que Wendy y Roger no coincidían en una patrulla, porque el intendente ha establecido turnos rotativos, y ahora ella teme que su compañero vuelva a hablarle de amor. Hace tiempo que la chica procura mantener y aumentar las distancias, pero el turno de noche dura ocho horas lo bastante solitarias como para favorecer intimidades indeseadas. De manera que saltan las alarmas cuando Roger se anima, por fin, a decir:

—La próxima patrulla vuelves a hacerla de noche, ¿verdad?

Dos semanas después, después de una libre, el turno debería ser de tarde, pero Wendy lo cambiará por uno de noche ya que por las tardes asiste a clases de la universidad, sobre todo ahora, cuando se acercan los exámenes de fin de curso. Para evitar insinuaciones impertinentes, le recuerda a Roger que está estudiando criminología en la Autónoma, porque en la Academia de Mollet todos los cursos están acaparados por los aspirantes de la Científica, y se enreda en un discurso de distracción.

—... Dicen que la facultad es más fácil, pero no creas. El de Derecho Penal es un hueso. Y el lunes veintiuno, dentro de poco más de una semana, tengo examen y no sé nada.

—¿Y cómo te las apañas para combinar estudios, trabajo y esa maternidad que acabas de estrenar?

Ya han recogido a la señora Romagosa y la llevan en el asiento de la parte de atrás del coche y a Wendy le parece que la pregunta es una indiscreción. Roger es así. A veces parece que se divierte poniéndola en un compromiso. La señora se interesa: «¿Ya eres mamá, tan joven?», y Wendy tiene que contarle que ha iniciado el proceso de adopción de una niña que ahora vive con ella en régimen de acogida.

La niña se llama Mon y ya hace un par de años que se conocen. Hija de familia desestructurada de delincuentes, fue a parar bajo la tutela de la Dirección General de Atención a la Infancia y Adolescencia (DGAIA) cuando su madre quería venderla. Wendy intervino, lo impidió y la niña quedó tan deslumbrada por su personalidad que decidió que, de mayor, también quería ser policía. Desde entonces habían mantenido una relación entrañable que tenía que desembocar inevitablemente en una adopción.

–¿Y qué dicen tus padres? –insiste Roger.

Porque Wendy aún vive con sus padres y Mon es una niña muy difícil.

–Se van acostumbrando. Mi madre, ya te imaginas, una madraza, como siempre. Mi padre es más seco, pero sabe mantener a Mon a raya, y me parece que eso a Mon le va muy bien.

Acompañan a la señora Romagosa hasta el restaurante de diseño y ven cómo se sienta con sus antiguos compañeros de colegio. Los dos agentes se mantienen alejados y cenan en la mesa del rincón, atentos a una eventual irrupción del marido maltratador, que no se producirá.

Una vez pedidos los platos, mientras les sirven, Roger adopta tono y actitud de hacer confidencias, como si esta fuera una cita convenida con Wendy, porque tiene una cierta tendencia a confundir las cosas. La toma de la mano y le dice, con voz de barítono:

–¿Sabes una cosa? Me parece que estoy enamorado.

Wendy libera sus dedos de los dedos invasores, convencida de que su compañero añadirá, como siempre, «enamorado de ti» y dispuesta a ponerlo en su sitio, como siempre. Pero esta vez se equivoca:

–... He conocido a una chica y no me la puedo quitar de la cabeza.

Esto sí que es una sorpresa.

–¿Ah, sí? –exclama Wendy, un poco animada.

–Sí. Me parece que es la mujer de mi vida.

–¿Ah, sí? –repite Wendy, aún más animada.

Roger considera que los dos monosílabos y tanta alegría le autorizan a abrir su corazón e inicia un largo monólogo sobre

las circunstancias en que conoció a la mujer perfecta, en el metro, y cómo fue descubriendo todas sus virtudes en pocos instantes de conversación.

Wendy tiene que hacer esfuerzos para no bostezar, pero deja que hable, aliviada por el hecho de que Roger se haya decidido a poner sus ojos en otra mujer, lo que considera señal de que por fin la va a dejar en paz.

—Ah, pues qué bien —va diciendo a lo largo de la cena—. Ah, qué bien.

Luego, la señora Romagosa y uno de los antiguos alumnos se acercan a su mesa. Ella les comunica que ha decidido quedarse a pernoctar en el barrio y él les promete que no se va a separar de ella ni un minuto, que la protegerá con uñas y dientes y que, por tanto, ya se pueden ir. Mañana, cuando tenga que regresar a su barrio, la señora protegida ya telefonará a la comisaría para que envíen otra patrulla.

Wendy y Roger, convencidos de que el antiguo compañero de colegio no piensa separarse de la señora Romagosa en toda la noche, lo consultan con el sargento jefe de turno y, una vez obtenido el permiso, pasada la medianoche, circulan por la Ronda del Litoral, de regreso a su distrito.

Roger no para de hablar de la mujer perfecta. Rubia, alta y con el cuerpo y la distinción de una *top model*, pero además inteligente, despierta, simpática, con estudios, que en seguida se puso a hablar de psicología y sociología.

—¿En seguida se puso a hablar de psicología y sociología? —se maravilla Wendy como la abuela que valora muy positivamente las virtudes de la nuera.

Es en este momento, cuando el coche ya ha dejado atrás la salida de Ramblas y está pasando por delante del cementerio de

Montjuic, que zumba la emisora del coche y la voz metálica de la operadora anuncia:

–De Gaudí 300 a todos los indicativos. Posible sesenta en la Ronda del Litoral, salida de Montjuic Anella Olímpica.

Wendy, al volante, alarga el brazo para coger la radio. Roger frunce el ceño.

–Gaudí 140 –dice la chica–. Recibido. Estoy en la Ronda del Litoral, justo al lado. Vamos allá.

Roger protesta sin énfasis:

–¿Era necesario? No somos de este distrito.

No recibe respuesta. Ya tendría que saber que Wendy Aguilar nunca podría resistirse a un sesenta.

Ni siquiera hace falta conectar la sirena. Ya llegan. Toman la salida de Montjuic Anella Olímpica.